



»baron; que deben la fundación de su ciudad á un parricidio, y un hermano regó con la sangre de otro hermano los cimientos de sus murallas.» Después les recordaron las veces que los ejércitos de la Galia y de Cartago habían batido y derrotado á los romanos, y los despidieron con desden. Al ver tan altivos á sus vecinos, Demetrio de Macedonia temió, y uniéndose al Epiro se apoderó de la Beocia y amenazó á la liga etolia, hasta en sus propias montañas.

Arato estaba en observación constante al otro lado del estrecho, y comprendiendo que la ruina de los etolios haría más temible el poder de la Macedonia, olvidó sus añejos resentimientos é hizo alianza con los piratas de la costa. Después marchó sobre Atenas, y aunque fué batido al principio por un lugarteniente de Demetrio, al fin consiguió ocupar los arrabales. Entonces murió el rey de Macedonia (233), y esta fué la señal de la desobediencia y de la separación. Atenas llamó á Arato; todas las ciudades del Peloponeso quedaron libres de sus tiranos, que vivían protegidos por Macedonia. Arato había realizado todos sus deseos: el poder dominador del Norte estaba abatido; el nuevo rey, que había usurpado la corona de su sobrino, se veía obligado á defenderse contra los dardanos y los caballeros tesalios, se hacía respetar de sus súbditos con gran trabajo, y no se cuidaba de la Grecia. Por otra parte, todas las ciudades helénicas acudían á la liga aquea, como las aves al puerto de salvación; eran éstas Argos, Fliunte, Hermione, Egina, Mesenia y Arcadia, que llenas de entusiasmo se colocaban en derredor del libertador de la Grecia. La Etolia, agradecida, estrechaba su alianza; la unidad casi era un hecho; sólo faltaban Esparta, Beocia, la Lócrida, y si esto llegaba á verificarse, la federación quedaba consumada y la Grecia podía volver á ser fuerte é imponente.

Pero esto entrañaba una cuestión de vida y de muerte, porque ya se había oído hablar á los romanos; el senado se había atrevido á intimar órdenes á una nación griega. Estos terribles enemigos, vencedores de toda la Italia, se aproximaban; pero ¿qué hubieran hecho en

frente de la Grecia, unida y belicosa como en tiempo de Milciades y de Leonidas, de la Grecia llena de gloria y arrogante como en Salamina y Platea? Este último no pudo aplicarle; una miserable pasión, la envidia de Arato, lo perdió todo. Arato quería, ante todo, dominar en el Peloponeso; Esparta, retirada como el león en su cueva; Esparta, hostil é indómita, le disgustaba; Arato quería sojuzgarla. La ocasión parecía favorable, porque ¿qué resistencia opondría un niño como Cleomenes? Pero como le decía un desterrado de Lacedemonia: «Era necesario que Arato se diera prisa antes que le brotasen los espolones á este joven gallo» (1). No se dió la prisa bastante, y con 5.000 hombres, el nuevo rey batió dos veces á los 20.000 soldados de la liga. Después de este glorioso triunfo, Cleomenes podía lisonjearse de dar á su patria la supremacía del Peloponeso, derecho hereditario de los hijos de Licurgo.

Pero para esto no bastaba ganar batallas; era necesario hacer á la ciudad digna de su rango, era necesario reformarla. Cleomenes dió un golpe de Estado, y apoyado en la autoridad que da la victoria, llega á Esparta, echa por tierra el tribunal de los éforos, condena á muerte á cuatro, destierra á la quinta parte y á ochenta ciudadanos, «y restablece el excelente, el santo gobierno de Licurgo (2),» la ley agraria, la comunidad de bienes, los ejercicios corporales, toda la educación espartana, y por último los dos reyes. Parecía que habían vuelto los tiempos del legislador. La mayor ventaja que sacó de esto Esparta fueron 4.000 hombres de á pié admirablemente instruidos en el arte de la guerra, con los cuales se apoderó de Tegea, Mantinea, Orcomena y consiguió una brillante victoria en Dymnus.

Arato, lleno de miedo, rehusó el mando, y los aqueos desesperados pidieron la paz. Cleomenes era generoso y les devolvió los prisioneros sin exigir rescate, y ofreció ceder todas sus conquistas, á condición de que le nombraran general de la liga, y de que Esparta se

(1) Plutarco, Cleomenes.

(2) *Ibid.*



volviera á poner al frente del Peloponeso. Conformes los aqueos con estas condiciones, iba á firmarse la paz, pero todo se frustró por haberlo diferido un día. Cleomenes, á consecuencia de haber bebido agua fría cuando estaba bañado en sudor, contrajo una enfermedad del pecho, que le impidió hablar en la asamblea indicada; la sesión se suspendió, y Arato tuvo tiempo bastante para reconocerse y hacer traición. Los aqueos iban á ceder; él lo vió y comprendió que su reinado había terminado. No pudiendo avenirse con la idea de recibir órdenes, después de haber ejercido la supremacía de la Grecia por espacio de treinta años, de un joven que había salido á su encuentro y á quien él había mirado con desden, se dejó arrastrar por la envidia y el odio.

Entonces hizo lo que era un mal para todos y para él una infamia: llamó al rey de Macedonia, y daba lástima ver á este hombre que había pasado su juventud persiguiendo á los macedonios, conducir á los soldados de Antígono á su propia casa, contemplar á este piadoso campeón de la libertad helénica coronado de rosas cantar himnos en honor de Antígono y ofrecer sacrificios á este rey, que tenía los pulmones podridos. De nada sirvió tanta bajeza.

Cleomenes se presentó como el defensor de la independencia amenazada por la Macedonia y declaró la guerra. En poco tiempo se apoderó de diez ciudades; Argos y Corinto fueron tomadas. Arato perdía el juicio: *Los negocios me llevan más lejos, decía, que yo llevo á los negocios.* Estando sitiado en la ciudadela de Acró Corinto, Cleomenes le ofreció la paz, sin exigir otra condición que la igualdad de poder entre Esparta y la Acaya. Arato se negó á ello y entregó á los macedonios la ciudadela de Corinto, su primero y mayor triunfo. La indignación fué general en Grecia. Atenas, que daba siempre el ejemplo, lo mismo en lo bueno que en lo malo, se separó de la liga; los etolios levantaron tropas; pero Antígono de Macedonia se aproximaba con veintidos mil hombres. Cleomenes se vió obligado á replegarse en Esparta, y Antígono iba detrás de él recobrando todas sus conquistas; la Laco-

nia, se vió cubierta inmediatamente de tiendas macedónicas.

Cleomenes trabajaba con increíble actividad, armando á los ilotas, entregando á Ptolomeo de Egipto toda su familia á cambio de algunos auxilios. En seguida marchó sobre Megalópolis, y poco después Arato anunciaba á la liga con lágrimas en los ojos, que había sido tomada y destruida completamente por Cleomenes. Pero este esfuerzo debilitaba al valiente separtano. Si hubiera podido esperar algunos días, una invasión de ilirios habría llamado á Antígono á su reino. Pero no sucedió así, y la batalla de Selasia decidió de la suerte de la Grecia; los veinte mil soldados de Esparta fueron batidos por los treinta mil macedonios, á pesar de la habilidad que desplegaron y de los prodigios que hicieron; «era el triunfo de la falange» (1), y la muerte de la Hélade.

Cleomenes, perdida toda esperanza de salvar á su patria, aconsejó á los espartanos la rendición; después, sin querer descansar ni sentarse, tomó la grande, la extrema resolución de bajar al puerto de Gitio, y marchar á Egipto. Ptolomeo el Benéfico le dió generosa acogida, y le hubiera socorrido á no haber muerto tan pronto. La desgracia es una mala recomendación: «Este hombre es un león entre las ovejas,» decían los cortesanos á Ptolomeo Filopator, nuevo rey de Egipto, y el héroe fué hecho prisionero. Un día rompe las cadenas, y deseando morir, salió por las calles de Alejandría espada en mano, y excitando al pueblo en favor de la libertad; pero murió con todos los suyos, pereciendo con él toda esperanza.

Por otra parte, ¿qué podía esperar la Grecia al presente? Antígono había entrado en Esparta; el recinto virgen de la ciudad doría estaba violado. Un gran respeto iba unido á esta antigua gloria, y el primer vencedor de Lacedemonia le conservó. Por lo demás, luégo que hubo destruido el orden político establecido por Cleomenes, ¿de qué le hubiera servido atacar á la ciudad desierta, y poner presos á

(1) Polibio, cap. II.



los esclavos, que ni siquiera pensaban en sublevarse?

Arato se había vengado y debía ser feliz, porque la Grecia estaba sometida á la Macedonia. El rey conservó á Corinto y tomó á Orcomena; la península «volvía á ser bárbara» (1), tantos eran los soldados macedonios que se veían en ella. Otro triunfo de Arato y de su traición fué la destrucción de su obra: la liga aquea se había disuelto; los aqueos, ocultos bajo los escudos de la falange, adornan «al dios Antígono», en tanto que el dios, vencedor de los ilirios, moría de una hemorragia, exclamando: «¡oh día feliz!» Pero tuvo tiempo al ménos para reparar su usurpación y devolver á su sobrino Filipo, hijo de Demetrio, la corona que le había usurpado. Por lo demás, el reino al salir de sus manos era grande y poderoso; tranquilo en el interior, respetado de los bárbaros de la frontera, dominaba pacíficamente sobre la abatida Grecia, cuyas cinco sextas partes le pertenecían (2).

Y sin embargo, esta muerte lo dejaba todo sin resolver; una minoría, una regencia, la indolencia de la Acaya, eran otros tantos sucesos favorables para los etolios, atrevidos piratas que codiciaban la Grecia. Apoyados en Esparta que, no obstante sus descalabros, podían aún reproducir los tiempos felices de Cleomenes, dieron principio á la guerra, que fué al principio un despojo, un robo contra los mesenios, hostilizados por corsarios; las víctimas se quejaron y la Macedonia intervino para ponerlo todo en conmoción. Hace la guerra á los acarnanios, á los mesenios, á los aqueos y ataca la Etolia por todas partes. Cae en poder de los enemigos un barco de Macedonia, y navío, mercancías y equipaje son vendidos en el mercado público. Á consecuencia de esto la Mesenia fué invadida y entregada á saco.

Al ver esta increíble audacia, la Grecia se alarmó y cada Estado tomó el partido que juzgó más conveniente. Arato creyóse trasladado

(1) Polibio.

(2) Poirson, *Resumen de la historia antigua*. Véase la razón de este aserto en el curioso capítulo XXXVI.

á sus primeros años y hablaba con magisterio á estos bandidos de la Etolia; pero los bandidos le engañaron y le derrotaron en Cafias, cerca de Orcomena. El estratégico general ateniense tuvo la suerte de hallar las murallas de esta ciudad para ocultar su afrenta y los restos de su ejército. Los etolios le acometieron hasta en Sicione, y el libertador, humilde y servil, llamó á Filipo de Macedonia (220), última y funesta infamia.

La liga etolia tomó sus medidas. Después de la muerte de Antígono, los macedonios no habían podido conservar á Esparta. Hubo en ella una contrarrevolución; los éforos fueron asesinados ó arrojados; Cleomenes estaba vengado. Agesípolis y Licurgo fueron reyes y Esparta hizo alianza con los etolios. Pero todo cambió en sentido desfavorable para los representantes de la independencia.

La Macedonia reunía sus fuerzas contra la Etolia. Era este un combate á muerte, una guerra de represalias, una lucha atroz, implacable; el hierro y el fuego destruían los campos y las ciudades. Termus, la capital, fué tomada después de inauditos esfuerzos y devastada sin piedad, despojando hasta los templos de los dioses.

Después de esta venganza, Filipo se arrojó sobre la Laconia y venció á Licurgo en dos encuentros. Tenía la impetuosidad de Pirro y la ambición de Alejandro; nada le arredraba. Se tramaron conspiraciones contra él, y en Corinto fué saqueado su palacio; pero él lo conquistó todo por la astucia y por la fuerza, abatiendo á sus enemigos ú obligándoles á suicidarse, como hizo Megalea en Tébas. Después marchó á Macedonia, castigada por los dardanos, que inquietan sus fronteras, y vuelve en seguida á la Grecia, que era para él el asunto de más importancia, con objeto de someterla á su dominación, é inmediatamente acometer la conquista del mundo. Tomado el último baluarte de la Etolia, los intratables bandidos no tuvieron otro remedio más que implorar la paz que Filipo se apresuró á firmar en Naupactos. En ella se estipuló que las dos partes conservaran lo que habían adquirido durante la guerra.

También del Occidente venían grandes ru-



mores de guerra. Aún no se habían olvidado las palabras de Pirro, rey del Epiro; su profecía se había cumplido: *el campo de batalla* abierto entre Roma y Cartago se agrandó en seguida, y el estruendo de los combates había resonado al otro lado del Estrecho. Por otra parte, el pensamiento de Alejandro Magno no había muerto aún en el espíritu de sus sucesores, y el nieto de Antígono, de quien pudo creerse que estaba destinado para realizar la nominación universal, príncipe joven, valiente y atrevido, que se veía al frente de la Grecia y sentado en el trono de Alejandro, tenía fijadas sus miradas en la Italia, de donde había oído referir maravillas.

En la asamblea de Naupactos (1), un tal Agesilao se levantó, y llamando la atención sobre la «Hesperia», refirió los hechos heroicos y las grandes batallas libradas en Italia entre Roma y Cartago. Predecía que del éxito de este combate dependían los destinos de la Grecia: al vencedor pertenecería el imperio de Occidente y ambicionaria la Hélade. Entonces sería necesario que este país de libertad recor-

(1) Polibio, libro VII; Poirson, *Resumen de historia antigua*, cap. XXXVI.

dara sus días de gloria, sus pasados triunfos; sería necesario que los nietos de Milciades, de Temístocles, de Agesilao, de Filipo y de Alejandro supiesen mostrarse dignos de sus antepasados; que en derredor del sagrado altar de la patria, las naciones helénicas apresurasen la formación de sus invencibles huestes, y que apoyada en sus heroicos hijos, la Grecia rechazara lejos de sí el yugo extranjero. En presencia de tan sagrados intereses, debía desaparecer toda otra cuestión; las armas solamente debían ponerse al servicio de la comun defensa. La unión, y por la unión la fuerza, y por la fuerza la libertad; hé aquí lo único que podía salvar á la Grecia. Había llegado el momento; los embajadores de Cartago se acercaban á Filipo pidiéndole socorros, y los diputados de Roma suplicaban al rey que de ningún modo hiciera alianza con los enemigos del nombre romano. El rey de Macedonia fué por un momento árbitro de los destinos del mundo; su espada puesta en la balanza debía decidir.

Filipo hizo alianza con el vencedor de Cannas (215); el grande Aníbal quería armar el universo contra el pueblo romano. La Grecia pagará muy caro el haberse opuesto á los romanos.